

1er. Capítulo
El contrato
Lars Kepler



La nueva novela del autor de *El hipnotista*

En realidad, la palabra «música» significa el «arte de las musas» y hace referencia al mito de la antigua Grecia. Las nueve musas eran hijas del poderoso dios Zeus y de Mnemósine, la diosa de la memoria. Euterpe, la musa de la música, suele ser representada con una flauta doble entre los labios, y su nombre significa «la que deleita».

Eso que llamamos talento musical no tiene en verdad una definición general aceptada. Hay personas que carecen de la capacidad de distinguir las frecuencias de sonido de los distintos tonos y hay otras que nacen con una amplísima memoria musical, con un oído absoluto que les permite dar una nota exacta sin necesitar la más mínima referencia.

A lo largo del tiempo han existido varios genios de la música excepcionales, de los cuales unos pocos han alcanzado una gran fama, como Wolfgang Amadeus Mozart, que desde los seis años recorrió las cortes europeas, o Ludwig van Beethoven, que compuso gran parte de sus mejores obras después de haberse quedado completamente sordo.

El legendario violinista y compositor autodidacta Niccolò Paganini nació en 1782 en la ciudad italiana de Génova. A fecha de hoy, sólo contados violinistas han sido capaces de interpretar las rápidas y complejas obras que él compuso. Hasta el día de su muerte, Paganini fue perseguido por el rumor de que, para alcanzar su extraordinaria destreza, había vendido su alma al diablo.

Un presentimiento

Un escalofrío recorre la espalda de Penélope Fernández. De repente el corazón le late más de prisa y echa un vistazo rápido por encima del hombro. Quizá en este momento esté teniendo un presentimiento de lo que le sucederá más tarde ese mismo día.

A pesar del calor que hace en el estudio, Penélope nota una sensación de frescor en la cara. Se lo debe al maquillaje. Le aplican crema fría en la piel con una pequeña esponja y después le quitan el pasador con forma de paloma del pelo para ponerle una espuma que le dejará los rizos como serpentinatas.

Penélope Fernández es la presidenta de la Sociedad Sueca por la Paz y el Arbitraje. Le muestran en silencio el camino hasta el plató y la joven toma asiento a la luz de los focos frente a Pontus Salman, director de la fábrica de armamento Silencia Defence.

La presentadora del noticiario, Stefanie von Sydow, cambia de tema, mira fijamente a cámara y comienza a hablar de las rescisiones de contrato que han seguido a la compra de Aktiebolag Bofors por parte del consorcio de defensa británico BAE Systems Limited. A continuación se dirige a Penélope:

—Penélope Fernández, en varios debates se ha mostrado usted muy crítica con la gestión de la exportación de ar-

mas en Suecia. Recientemente estableció un paralelismo con el escándalo francés del caso conocido como Angolagate, en el que políticos e importantes hombres de negocios fueron acusados de soborno y tráfico de armas y están ahora condenados a largas penas de prisión... Sin embargo, en Suecia no se ha visto hasta el momento nada parecido.

—Eso puede interpretarse de dos maneras distintas —responde Penélope Fernández—. O bien nuestros políticos funcionan de manera diferente, o bien lo que funciona de otra forma es nuestro sistema judicial.

—Sabe muy bien —dice Pontus Salman— que tenemos una larga tradición en...

—Según las leyes suecas —lo interrumpe Penélope—, la fabricación y la exportación de material de guerra están prohibidas en...

—En eso se equivoca —dice Salman.

—Párrafos tres y seis de la Ley sobre Material Bélico —especifica Penélope.

—Pero Silencia Defence ha obtenido un informe preliminar favorable —sonríe el hombre.

—Sí, porque, de lo contrario, se trataría de un delito a gran escala y...

—Pero resulta que tenemos permiso —la corta él.

—No olvide cuál es el objetivo de todo material bélico...

—Espere un segundo, Penélope —interviene Stefanie von Sydow, y señala con la cabeza al hombre, que ha levantado la mano en señal de que no había terminado.

—Todos los tratos se analizan de antemano —explica Salman a continuación—. O bien directamente por parte del gobierno, o bien por el organismo de Inspección de Productos Estratégicos, el ISP, si es que sabe usted lo que es.

—Francia tiene un homónimo —objeta Penélope—. Y, aun así, ocho mil millones de coronas en material de guerra terminaron en Angola, a pesar del embargo de la ONU, a pesar de una prohibición definitiva...

—Ahora estamos hablando de Suecia.

—Entiendo que haya personas que no quieran perder su empleo, pero igualmente me gustaría oír cómo defiende us-

ted la exportación de enormes cantidades de munición a Kenia. Es un país que...

—No tiene usted absolutamente nada a lo que cogerse —la interrumpe Pontus Salman—. Nada, ni el más mínimo detalle, ¿no es así?

—Lamentablemente no puedo...

—¿Tiene algo en concreto en lo que basarse? —la interrumpe la presentadora.

—No —responde Penélope Fernández bajando la mirada—. Pero yo...

—Entonces creo que una disculpa no estaría de más —dice Pontus Salman.

Penélope lo mira a los ojos, siente la rabia y la frustración creciendo en su interior, pero hace un esfuerzo por dominarse. Salman sonrío compasivo y después empieza a hablar de la fábrica de Trollhättan. Dice que doscientos puestos de trabajo fueron creados cuando Silencia Defence obtuvo los permisos para iniciar la actividad. Explica qué implica el informe preliminar favorable y cuánto han avanzado en la producción. Poco a poco va ocupando todo el tiempo para que no le quede espacio a su contrincante en el debate.

Penélope escucha y se obliga a alejar el peligroso orgullo de su corazón. Prefiere pensar que pronto se subirá al barco de Björn. Prepararán la cama con la cabecera en forma de punta de flecha del camarote de proa y llenarán el frigorífico y la pequeña nevera portátil. Se imagina los reflejos irisados de los vasos de chupito recién sacados del congelador mientras comen arenques adobados, arenques de mostaza, patatas hervidas, huevos cocidos y pan duro. Instalarán la mesa en la cubierta de popa, echarán el ancla en alguna pequeña isla del archipiélago y se pasarán horas comiendo al sol del anochecer.

Penélope Fernández abandona los estudios de Sveriges Television y echa a andar en dirección a la avenida Valhallavägen. Por la mañana ha pasado dos horas esperando para participar en otro debate televisivo, pero al final el

productor le ha explicado que se han visto obligados a cancelarlo para emitir un especial con cinco consejos rápidos para conseguir un vientre plano.

Al final de la gran explanada de Gärdet divisa la carpa de colores del circo Maximum. Un cuidador está lavando a dos elefantes con una manguera. Uno de ellos levanta la trompa y caza el chorro de agua con la boca.

Penélope sólo tiene veinticuatro años, el pelo rizado y oscuro le llega más abajo de los hombros. Alrededor del cuello lleva una cadena de plata con el crucifijo de su confirmación. Su piel es de un tono dorado, «como el aceite de oliva o la miel», escribió una vez un compañero suyo del instituto cuando les encargaron un trabajo de descripción. Sus ojos son grandes y serios. Más de una vez ha oído decir que guarda un gran parecido con la estrella de cine Sophia Loren.

Saca su teléfono móvil y llama a Björn para decirle que está de camino, que va a coger el metro en Karlaplan.

—¿Penny? ¿Ha ocurrido algo? —le pregunta él en tono inquieto.

—No, nada.

—Está todo listo, te he dejado un mensaje en el contestador; sólo faltas tú.

—Tampoco hay prisa, ¿no?

Cuando Penélope empieza a descender por la escalera mecánica hacia el andén del metro, el corazón comienza a latirle más de prisa al notar una sensación de malestar. La chica cierra los ojos. La escalera baja cada vez más, se va estrechando, y el aire se torna más y más frío.

Penélope Fernández nació en La Libertad, uno de los departamentos más grandes de El Salvador. Su madre, Claudia Fernández, fue encerrada en prisión durante la guerra civil, y Penélope nació en una celda en la que quince mujeres hicieron cuanto pudieron por echar una mano. Claudia era médica y había participado en diversas campañas de búsqueda de personas. Lo que hizo que terminara en la tristemente conocida cárcel del régimen fue que intentó divulgar información sobre el derecho de los trabajadores a organizarse en sindicatos.

Penélope no abre los ojos hasta que llega al andén. La sensación de estar encerrada ha desaparecido. Vuelve a pensar en Björn, que la está esperando en el club náutico de Långholmen. Le encanta lanzarse desnuda al agua desde su barco, zambullirse de cabeza y no ver nada más que el mar y el cielo.

El metro avanza dando sacudidas y, cuando el convoy sale del túnel y entra en la vieja estación de Gamla Stan, el sol penetra implacable a través de las ventanas.

Penélope odia la guerra, la violencia y el poder de las armas. Es una aversión candente que la ha llevado a licenciarse en ciencias políticas en Uppsala y a investigar en la paz y los conflictos. Ha trabajado para la ONG francesa Action contre la Faim en Darfur junto con Jane Oduya. Publicó un artículo en el diario sueco *Dagens Nyheter* que llamó mucho la atención y que giraba en torno a las mujeres del campo de refugiados y sus intentos de volver a la normalidad del día a día después de cada abuso. Hace dos años pasó a sustituir a Frida Blom como presidenta de la Sociedad Sueca por la Paz y el Arbitraje.

Penélope se apea en la estación de Hornstull y sale a la luz del sol. De pronto se siente inexplicablemente preocupada por algo y baja corriendo por Pålundsbacken hasta la ribera de Söder Mälarstrand, cruza a toda prisa el puente que lleva a Långholmen y sigue el camino de la izquierda hasta el muelle para pequeñas embarcaciones. El polvillo que levanta al correr por la grava flota como una neblina en el aire inmóvil.

El barco de Björn está amarrado a la sombra del puente de Västerbron. El resplandor creado por el vaivén del agua se refleja en las vigas de acero gris de la elevada estructura.

Penélope lo ve en la cubierta de popa con un sombrero de cowboy en la cabeza. Está inmóvil, rodeándose el torso con los brazos y los hombros encogidos.

La chica se mete dos dedos en la boca y lanza un silbido. Björn da un respingo, su rostro se demuda, como si estuviera muerto de miedo. Dirige la mirada hacia el camino y la

descubre. Sus ojos la observan temerosos cuando se acerca a la pasarela.

—¿Qué te pasa? —le pregunta Penélope mientras baja por la escalera que lleva a los barcos.

—Nada —responde él, se acomoda el sombrero e intenta sonreír.

Se abrazan y ella nota que tiene las manos heladas y la camisa empapada en la espalda.

—Estás sudando —dice.

Björn rehúye su mirada.

—Me he dado prisa en venir.

—¿Has cogido mi bolsa?

Él asiente con la cabeza y hace un gesto en dirección al camarote. La embarcación se mece ligeramente bajo sus pies. Penélope percibe el olor a plástico calentado al sol y a madera barnizada.

—Oye —dice con voz suave—, ¿dónde estás?

El pelo pajizo de Björn apunta hacia todos lados en pequeñas rastas enmarañadas. La mirada de sus ojos azules es infantil, sonriente.

—Estoy aquí —responde, y deja caer la mirada.

—¿En qué estás pensando todo el rato?

—En que vamos a estar los dos solos —le contesta abrazándola por la cintura—. Y en que vamos a tener sexo en plena naturaleza.

Le roza el pelo con los labios.

—¿Eso crees? —le susurra ella.

—Sí.

Penélope no puede evitar reírse por su sinceridad.

—La mayoría..., o al menos las mujeres, opinan que está algo mitificado —dice—. Tumbarse en el suelo entre hormigas y piedras...

—Es como bañarse desnudo —insiste Björn.

—Tendrás que convencerme —responde Penélope con picardía.

—Lo haré.

—¿Cómo? —se ríe ella, y en ese instante el móvil suena en su bolso.

Parece como si Björn se quedara petrificado al oír el sonido, el color desaparece de sus mejillas. Penélope mira la pantalla del teléfono y ve que quien llama es su hermana pequeña.

—Es Viola —le explica rápidamente a Björn antes de contestar—: Hola, hermana.

Se oye la bocina de un coche y la chica que grita algo al otro lado.

—Puto chalado —murmura a continuación.

—¿Qué pasa?

—Se ha acabado —dice la hermana—. He dejado a Sergej.

—Otra vez... —añade Penélope.

—Sí —contesta Viola en voz baja.

—Perdona —dice Penélope—. Entiendo que estés triste.

—No es tan grave, pero... Mamá me ha dicho que ibais a salir con el barco y había pensado... que me gustaría ir con vosotros, si no os importa.

Se hace el silencio.

—Con nosotros —repite entonces Penélope oyendo la ausencia de entusiasmo en su propia voz—. Björn y yo queríamos estar solos, pero...

El perseguidor

Penélope está en el puente de mando con un pareo azul sujeto a las caderas y la parte de arriba de un biquini blanco con el símbolo de la paz estampado sobre el pecho derecho. La luz del verano corre por encima a través del parabrisas. Con cuidado, rodea el faro de Kungshamn y luego manobra el barco por el interior del estrecho.

Viola, su hermana pequeña, se levanta de la tumbona rosa en la cubierta de popa. La última hora se la ha pasado con el sombrero de cowboy de Björn puesto y unas gafas de sol enormes fumando un porro con movimientos aletargados.

Hace cinco intentos fallidos de pescar la caja de cerillas del pañol con los dedos de los pies antes de rendirse. Penélope no puede reprimir una sonrisa al verla. Viola entra al salón por la puerta de cristal y pregunta si quiere que la releve.

—Si no, bajo a prepararme un margarita —dice mientras desciende por la escalera.

En la cubierta de proa está Björn con una toalla de baño y una edición de bolsillo de *Las metamorfosis* de Ovidio a modo de almohada.

Penélope observa que la parte de la borda que queda a sus pies está oxidada en la base. El padre de Björn le regaló el barco cuando cumplió los veinte años, pero él no ha tenido nunca dinero para el mantenimiento. La gran embarcación de recreo es el único regalo que su padre le ha hecho, a

excepción de un viaje. Cuando cumplió los cincuenta invitó a Björn y a Penélope a uno de sus hoteles más lujosos, el Kamaya Resort, en la costa este de Kenia. Sin embargo, ella no aguantó más de dos días allí y se fue al campo de refugiados de Kubbum, en Darfur, al sur de Sudán, donde se encontraba la ONG francesa Action contre la Faim.

Cuando se aproximan al puente de Skurusundsbron, Penélope reduce la velocidad de ocho a cinco nudos. Desde allí no se oye el menor ruido del tráfico que pasa por encima. Justo cuando se deslizan hacia el agua en sombra, divisa una lancha de goma negra pegada a los cimientos de hormigón del puente. Es el mismo tipo de lancha que utilizan los guardacostas. Una RIB, una embarcación semirrígida con casco de fibra de vidrio y un motor muy potente.

Penélope ya casi ha dejado atrás el puente cuando se percata de que hay alguien sentado en la lancha. Un hombre se agacha en la penumbra dándole la espalda. No entiende por qué se le acelera el pulso cuando lo descubre. Hay algo extraño en su nuca y la ropa negra que viste, y la joven se siente observada a pesar de que el hombre está de espaldas.

Cuando la embarcación sale de nuevo a la luz del sol, siente un escalofrío que la recorre de pies a cabeza y que hace que se le ponga la carne de gallina.

Tras rebasar el barrio residencial de Duvnäs, Penélope incrementa la velocidad a quince nudos. Los motores interiores rugen y forman una estela de espuma tras el barco.

Su teléfono empieza entonces a sonar. La joven ve que es el número de su madre. Tal vez haya visto el debate en la tele. Piensa que quizá la llame para decirle lo guapa que estaba y lo bien que ha hablado, pero sabe que no debe hacerse ilusiones.

—Hola, mamá —responde.

—Ay —susurra su madre.

—¿Qué pasa?

—La espalda..., tengo que ir al naprápata —dice Claudia, y de fondo se oye como si estuviera llenando un vaso con agua del grifo—. Sólo quería saber si habías hablado con Viola.

—Está aquí, en el barco —responde Penélope, y oye que su madre bebe del vaso.

—Ah, así que está con vosotros... Pensé que le sentaría bien.

—Seguro que le sentará bien —dice Penélope.

—¿Qué vais a cenar?

—Hay arenques, patatas, huevos...

—No le gustan los arenques.

—Mamá, Viola me ha llamado porque...

—Ya sé que no contabas con que ella también fuera —la interrumpe Claudia—, por eso te lo pregunto.

—He preparado también albóndigas —dice Penélope armándose de paciencia.

—Y ¿llega para todos?

—¿Que si llega? Depende... —Penélope se queda callada mirando el agua resplandeciente—. Puedo darle mi parte —añade serena.

—Si no hay para todos —responde Claudia—. Sólo es eso lo que digo.

—Ya te he entendido —asume ella en voz baja.

—A ver si ahora la pobrecita vas a ser tú —replica su madre con irritación contenida.

—Lo que pasa es que Viola ya es no es ninguna niña y...

—Qué decepción.

—¿Cómo dices?

—Tú sueles comerte mis albóndigas en Navidad y en Midsommar,¹ y...

—No tengo por qué hacerlo —suelta Penélope.

—Vale —responde su madre, cortante—. Pues quedamos así.

—Lo único que digo es que...

—No hace falta que vengas para Midsommar —la interrumpe su madre, alterada.

—Pero, mamá, ¿por qué siempre tienes que...?

Se oye un clic cuando su madre corta la llamada. Pené-

1. Fiesta tradicional sueca en la que se celebra el solsticio de verano. (*N. de los t.*)

lope se interrumpe y siente la frustración temblar en su interior, mira el teléfono y luego lo apaga.

El barco avanza despacio entre los reflejos verdes de frondosas colinas. La escalera de la cocina cruje y al cabo de un momento aparece Viola con el margarita en la mano.

—¿Era mamá?

—Sí.

—¿Teme que vaya a pasar hambre? —pregunta Viola sonriendo.

—Hay comida de sobra —responde Penélope.

—Mamá cree que no puedo ocuparme de mí misma.

—Sólo se preocupa —contesta Penélope.

—Nunca se preocupa por ti —le dice su hermana.

—Yo me las apaño sola.

Viola da un sorbo al cóctel y mira a través del parabrisas.

—Vi el debate por la tele —dice.

—¿Esta mañana, cuando me las he visto con Pontus Salman?

—No, fue... la semana pasada —dice—. Hablabas con un hombre arrogante que... tenía un nombre bonito y...

—Palmcrona —dice Penélope.

—Eso, Palmcrona...

—Me enfadé, me puse roja de ira y se me llenaron los ojos de lágrimas. Me entraron ganas de empezar a cantar el *Masters of war* de Bob Dylan o salir corriendo y dar un portazo.

Viola mira a su hermana mientras ésta se estira para abrir la claraboya.

—Pensaba que no te depilabas las axilas —le dice en tono desenfadado.

—No, pero como últimamente he tenido que hacer numerosas apariciones en los medios...

—Finalmente ha aflorado tu vanidad —bromea Viola.

—No quería que me rechazaran como pacifista activa sólo por tener cuatro pelos en los sobacos.

—¿Cómo llevas la línea del biquini?

—Así, así...

Se levanta el pareo y Viola suelta una carcajada.
—A Björn le gusta —sonríe Penélope.
—Bueno, con las rastas que lleva él, no puede quejarse.
—Sin embargo, tú te depilas enterita, como debe ser
—dice Penélope un poco cortante—. Para tus hombres casados y esos idiotas con musculitos que...
—Ya sé que no tengo buen criterio —la interrumpe Viola.
—Para algunas cosas, no.
—Nunca he hecho nada bien.
—Te bastaría con mejorar un poco las notas y...
Viola se encoge de hombros.
—Al final hice la prueba de acceso a la universidad.
La embarcación continúa deslizándose por el agua cristalina mientras las gaviotas la siguen en el cielo a gran altura.
—¿Qué tal te fue? —pregunta Penélope.
—Me pareció fácil —responde su hermana, y da un lametón a la sal del borde de su copa.
—O sea, que te fue bien.
Viola asiente con la cabeza y deja la copa.
—¿Cómo de bien? —pregunta Penélope dándole un leve codazo en el costado.
—La máxima puntuación —dice Viola con la mirada baja.
Penélope deja escapar un grito de alegría y abraza con fuerza a su hermana.
—¿Entiendes lo que eso significa? —grita, exaltada—. ¡Puedes estudiar lo que quieras! Puedes ir a cualquier universidad, sólo tienes que elegir: economía, medicina, periodismo...
Viola se ríe, sonrojada, y con el segundo abrazo que le da se le cae el sombrero. Penélope le pasa la mano por el pelo, se lo arregla como siempre hacía cuando eran pequeñas, se quita el pasador con la paloma de la paz y se lo coloca a su hermana. La mira y sonríe satisfecha.